DISCURSO CIVICO

QUE

EL DIA 16 DE SEPTIEMBRE DE 1838,

PRONUNCIÓ

En la plaza principal de Morelia,

EL C. LIC.

Clemente Munguia.

CATEDRATICO

Del Colegio Seminario

DE AQUELLA CIUDAD.

ADVERTENCIA.

Ynstado vivamente por varias personas que me favorecen, he consentido, aunque con repugnancia, en la publicacion de este discurso; no porque le juzgue digno de algun aprecio en razon de su mérito literario, sino porque se ha creido que en las circunstancias presentes no será del todo inútil.

EL AUTOR.

M. L. Lic. D. Jose M.
Lacuna

Clemente Munguia

Videte, ne, ut illis pulcherrimum fuit, tantam vobis imperii gloriam relinquere; sic vobis turpissimum sit, illud, quod accepistis, tueri et conservare non posse.

CIC. PRO LEG. MAN.

AUNQUE todos los hombres que han conseguido figurar en la escena política parecen recibir unos mismos homenages sobre la tierra; la historia pone un intervalo inmenso entre el ruido confuso de la fama contemporánea, y las aclamaciones ingenuas de la sabia posteridad. Tal vez el amago de las armas sofoca la voz del filósofo que intenta desmentir las alabanzas que la adulacion prodiga al interes, y el ambicioso usurpa los respetos debidos únicamente á la virtud; mas él baja al sepulcro que cubre con una misma loza sus cenizas y su vana grandeza. Pero cuando el héroe es verdaderamente digno de este nombre, cuando no levanta su brazo fuerte sino para abatir á los tiranos, cuando no marcha al frente de sus legiones sino para estirpar el crímen y cimentar la felicidad pública; ¡ah! es cierto que paga con su muerte un tributo á la naturaleza; pero el sepulcro no es para él un abismo en que se hunden todas las esperanzas, sino un pórtico augusto que descubre delante de sus ojos el templo de la inmortalidad. Las bendiciones le acompañan, las lágrimas

le sigen; y su nombre, léjos de perder nada con el transcurso de los tiempos, va recogiendo en su tránsito nuevos honores, y llegará por fin á la última posteridad precedido de las aclamaciones de todos los pueblos, y cargado con los tributos de todos los siglos.

¿Y cuáles son entre nosotros esos genios privilegiados en cuyas alabanzas nos detenemos con placer para saborear sus virtudes; y á quienes ecsaltamos á porfia menos para cumplir con los deberes sagrados de la justicia, que para abandonarnos dulcemente á los transportes inefables de la gratitud? Responded vosotros, soldados valerosos, amigos de la libertad, vosotros todos los que en una época no muy lejana habeis cooperado á los grandes designios de nuestros héroes: vosotros mas bien, michoacanos ilustres, que despues de haber dividido con ellos en un tiempo el bello título de hombres libres, despues de haber arrostrado con ellos unos mismos peligros, despues de haber recogido con ellos las palmas de la victoria; no podeis en esta solemnidad patriótica abandonaros libremente á las efusiones del júbilo, sin derramar algunas lágrimas sobre este mismo suelo, donde un cadalso levantado por sus crueles perseguidores, los presentó por la última vez á vuestros ojos.

¿Cuándo se han combinado las circunstancias de una manera tan feliz para favorecer los movimientos apasionados? Todo aquí habla á la imaginacion, todo conmueve la sensibilidad, todo conspira á escitar en el alma graves y solemnes recuerdos. El objeto, ¡las glorias de la patria! el lugar, ¡la

tumba de los héroes! ‡ el dia, ¡el memorable 16 de Septiembre! Vosotros, finalmente, vosotros que me ois, ¡los hijos de Morelos! Pero ¡qué! ¿el aspecto de una república moribunda puede escitar nunca sentimientos de gloria y de felicidad? ¡Las glorias de la patria! Desparecieron ya estas gratas ilusiones: ¡la tumba de los héroes! ella nos recuerda un sacrificio de inestimable precio; pero un sacrificio tristemente malogrado: ¡el 16 de Septiembre de 1810! ¡ay! tal vez la memoria de este dia no será ya para nosotros sino una fuente inagotable de los mas dolorosos remordimientos: ¡los hijos de Morelos! ¡oh michoacanos! ¿No habremos desmerecido ya este título augusto de nuestra primitiva grandeza? Seria necesario abjurar el amor de la patria, para no celebrar un acontecimiento que la cubrió de gloria; pero no lo seria menos renunciar para siempre á la idea de la felicidad, para no volver despues una mirada sobre nosotros. Hoy, pues, que por una ilusion feliz que, ¡ojalá no llegue á desaparecer! os veo reunidos aquí como bajo el techo paternal, con el dulce título de hermanos, y por el mas fuerte de todos los sentimientos, por el amor ardiente de la patria; hoy que venimos todos á repasar aquí como buenos hijos, las virtudes de nuestros padres, y á confesar al mismo tiempo nuestros estravios delante de sus sombras augustas; permitidme que tomando el idioma franco y animoso de la verdad, os manifieste no solamente los motivos de jú-

‡ *La tribuna estaba colocada en el mismo lugar en que fué decapitado Matamoros.*

bilo, sino tambien los de temor que en las circunstancias actuales despierta naturalmente en el espíritu la memoria de aquella época afortunada, en que la libertad de México apareció como el astro brillante que habia de seguir girando para alumbrar á un pueblo venturoso. Nada os diré de mi propio fondo: otros hombres van á hablaros por mis labios; y los ejemplos de la historia, es decir, las sábias lecciones de la esperiencia, serán por ventura, mas útiles que los profundos cálculos de la política. Nuestros héroes al lado de los héroes que admiramos en otros pueblos, se presentarán aquí con toda su grandeza, participando en cierto modo de los homenages que aun antes de que ellos hubiesen visto la primera luz, se habian ofrecido constantemente á las virtudes sublimes que los cubrieron de gloria; y nosotros, que aun no tocamos en el último de los males, aprenderemos, sin duda, á ser mas cuerdos con el ejemplo de otras naciones que, por haber observado la misma conducta que hoy distingue á los mexicanos, han desaparecido para siempre.

PRIMERA PARTE.

Al recorrer ligeramente la historia, nuestra imaginacion se siente escedida por el número de los combates, los cambios infinitos en el órden social, y las víctimas sin cuento sacrificadas á la ambicion y á la virtud. Y la voz de la filosofia que se levanta en medio de revoluciones tan desastrosas, ¿qué secreto importante nos revela? Que á pesar de los intereses diversos y encontrados que dividen á los hombres, hay en el corazon de todos un sentimiento comun,

activo y poderoso, que se anticipa á los procedimientos pausados y tranquilos de la razon: el sentimiento de ecsistir con seguridad y de gozar sin obstáculos. ¿Mas cómo llegar á este término por una senda cubierta de tropiezos, arrastrando pesadas cadenas y desfalleciendo á cada paso por un esceso de languidez y estenuacion? De aquí los conatos vehementes y repetidos de tantos pueblos para salvar las altas barreras que los ciñen por todas partes, limitando sus goces é inflamando sus esperanzas. Gimen tal vez encorvados muchos siglos, pero una causa imprevista, un punto del tiempo, bien aprovechado, el nacimiento de un hombre estraordinario, muda su condicion y decide su suerte, abriendo una era nueva de ventura y de gloria. En efecto, si vemos sojuzgada por treinta tiranos la república de Atenas; vemos tambien á Tracybulo ciñendo su frente con la corona de triunfo decretada á su valor por la gratitud de su pátria: si Epaminondas durante las disensiones de Thebas no quiere mancharse con la sangre de sus conciudadanos, un impulso irresistible y generoso le precipita despues en los combates, y aunque queda sepultado bajo sus mismos trofeos, ellos sirven de pedestal glorioso á la libertad de la Grecia: si Tarquino, finalmente, esclavizaba á sus vasallos con el absolutismo de su poder, y los prostituía igualmente con los actos repetidos de la procacidad mas escandalosa, Lucrecia enciende la cólera de Bruto, Bruto levanta el puñal vengador, y Roma queda libre y republicana.

Desde una antigüedad que se confunde casi con las primeras épocas de aquellas naciones, España

es un teatro sangriento de guerras no interrumpidas; unas veces intenta sacudir el yugo de los cartagineses, otras lucha con valor inaudito contra los esfuerzos de los romanos: cae gloriosamente Sagunto bajo el poder de los primeros, y les cuesta mas caro todavia el heroismo de Numancia á los segundos. Despues de la invasion de los bárbaros, despues de haber estado sujeta al imperio de los godos, parece no verse libre de estos sino para variar de opresores: los sarracenos la invaden para estender su dominacion y satisfacer su codicia, los sarracenos la aduermen con los placeres delicados, el deplorable lujo cambia el sistema de las ideas; y las bellas artes, y la moda ruinosa reemplazan al fin con la cobarde quietud de la servidumbre, el altivo y noble carácter de un pueblo belicoso. Pero el letargo termina con el peso del yugo; los sentimientos heroicos vuelven á aparecer, nuevos combates se levantan, y la independencia se realiza.

¿Para qué traer á la memoria las otras naciones que succedieron á estas? Ellas no representan otro cuadro á nuestra vista: el mismo drama con diversos actores. Muy variados á la verdad fueron los pretestos, pero unos mismos los motivos; mas la usurpacion no se presentaba aquí con la insolente desfachatez que en los antiguos pueblos; y dividido entre mil herederos estraños el casco del viejo mundo, dejó ya de verse por algun tiempo la lucha sangrienta de la libertad contra la opresion obstinada.

¿Mas qué ofrecen á nuestra vista los primeros años del siglo XVI? Regiones inmensas que se abren repentinamente: el nuevo mundo ostentando

delante del antiguo una estension infinita que lo trasporta: un manantial inagotable de riquezas que iba á ensanchar la esfera de sus pasiones. ¡O América infeliz! ¿Por qué la naturaleza te ha dado una tierra vírgen, un cielo siempre puro, un sol encantador; por qué te ha colocado sobre esta basa de oro, si tan ricos presentes léjos de llevarte á la cumbre de la grandeza iban á desencadenar contra tí la rabia de unos hombres ciegos, prestos á despedazar tus entrañas de madre? ¿Para qué derramar sobre tu suelo tantos atractivos, si ellos no habian de servirte, sino para despertar la codicia de un pueblo alimentado con la guerra, envejecido en el crimen y enemigo eterno de la humanidad? Responded, españoles, ahora que las afecciones mas gratas han succedido al antiguo furor, ahora que habeis reconocido ya la justicia de nuestra causa, ahora en fin, que nos estrechan felizmente los suaves y deliciosos vínculos de una verdadera fraternidad: ¿esta tierra fecundada por los rayos del sol para perpetuar la juventud de sus bellas campiñas; este lujo de nuestros aires; este suave y delicado perfume con que obsequiaban vuestra venida nuestros campos; nuestro clima risueño; nuestras vírgenes flores regadas bajo vuestros piés como en la fiesta de un soberano; los envidiables tesoros que se os prodigaban sin violencia; esta naturaleza dulcísima y seductora que parecía destinada para ser el asilo de la virtud, no pudieron difundir en vuestras almas la calma serena, la quietud apacible que determina los movimientos generosos? Responded, estrangeros todos, ¿merecian los habitantes de México la crueldad de

un pueblo tan singularmente favorecido? Pero ¡ah! cuando hablan las pasiones ¿qué ascendiente conserva la naturaleza sobre el alma? Sus esperanzas parecen quiméricas, sus proyectos *inútiles*, sus ofertas desechadas.

Atentos solamente á la sed del oro, única pasion que pudo inspirarles el hallazgo de nuestra patria, los españoles tomaron la ignorancia y la crueldad por basa de su política. ¿Cuántos resortes no pusieron en movimiento para enervar nuestra fuerza y prolongar nuestra barbárie? Vosotros lo sabeis, conciudadanos: ¿cuánto tiempo sufrimos sin quejarnos esta mole inmensa de opresion? Una dominacion larga y pacífica parecia haberlos asegurado para siempre. ¿Mas cuándo se ha consolidado un gobierno sobre estas bases destructoras? ¿Qué son los cálculos bien combinados de una política perversa, qué la sagacidad y valor de los caudillos, qué por fin el brutal arrojo de los combatientes para salvar esa línea que Dios ha puesto á cada uno de los acontecimientos humanos? Guardaos de creer, decia el arzobispo de Cambray, que el descubrimiento del nuevo mundo se deba tan solo á la audacia de los hombres, porque Dios no concede á las pasiones humanas, aun cuando parecen decidir de todo, sino lo que es absolutamente necesario para que vengan á ser los instrumentos de sus designios. El hombre se agita, pero Dios le conduce. Permitidme, ciudadanos, que recorra todavia con vosotros algunos acontecimientos *muy notables en la historia* de otros pueblos con los que no nos ligaban entonces relaciones políticas de ningun género, y vereis

en revoluciones muy lejanas que parecian no afectarnos en manera alguna un designio superior y misterioso tan feliz para los mexicanos, como funesto para nuestra antigua metrópoli: vereis la España conducida casi sin sentirlo hasta un punto que constantemente se habia esforzado en retirar.

La suerte que parece haber reunido al rededor del trono de Luis XIV todos los génios de la guerra, de las letras, de las ciencias y de las artes, todas las musas del Parnaso y todas las antorchas de la elocuencia para hacer de aquella brillante época el gran siglo moderno, como dice Segur, preparó sin duda la llegada de otro siglo no menos prodigioso, en que las luces difundidas por todas las edades, se habian de reunir en un punto para formar aquel inmenso foco que descubrió á la vista de la tierra un teatro absolutamente nuevo, ó si se quiere el mismo teatro de las antiguas repúblicas con decoraciones desconocidas. Los derechos de sucesion, las guerras de legitimidad y las espediciones de las cruzadas, dejaron de ser el blanco de la política europea: la cuestion cambió completamente, y el objeto de las conversaciones públicas y de los cálculos privados, fué ya la libertad política y civil, la igualdad de los derechos sociales. Las luces, la filosofia, la razon que en el espacio de dos siglos habian hecho inmensos adelantos, inundaban el vasto suelo de la Europa; las ideas de justicia, de órden y de libertad se habian derramado por todas partes; los principios de la moral y la ciencia del gobierno multiplicaban sus triunfos sobre las preocupaciones envejecidas; en fin, todos los espíritus se hallaban generalmen-

te dispuestos á sustituir el reinado de la ley á la dominacion de un poder arbitrario y caprichoso. Incapáz de contenerse en la Europa esta fuerza admirable de concepciones políticas, penetró por fin en el Norte de la América, donde el grande Washington se alzó á la faz del mundo para anunciar la independencia de su patria. Reflejado este choque político sobre la misma Francia que lo habia comunicado, precipitó allí aquellas turbulencias inauditas que no recordamos sin espanto; mas yo no pretendo considerarlas aquí en sus tristes y deplorables resultados, porque semejante perspectiva no puede convenir á nuestros héroes, que fijos en el engrandecimiento de sus hermanos, no veian en la libertad el fin de sus nobles afanes, sino un medio del todo necesario para hacernos dichosos. No quiero ver aquí, como ya he dicho, sino el encadenamiento de los sucesos que determinaron por último la conquista de nuestra independencia.

Del centro de esta revolucion se levanta un genio sublime que debia obscurecer la celebridad de Alejandro y Julio Cesar. Con un talento propio de la edad moderna, y con una ambicion que parecia pertenecer mas bien á los antiguos: deseoso por ventura, mas de aturdir á sus contemporáneos y á la posteridad con el ruido de su nombre, que de reinar tranquilamente sobre los pueblos: semejante, dice Chateaubriand, á los dioses de Homero que en cuatro pasos querian recorrer el mundo, conociendo el espíritu dominante de su siglo y aprovechándose de la desorganizacion absoluta de la Francia, Napoleon trató de que todo sirviese á sus miras ocultas. Plan-

tar la libertad en el trono: he aquí la mácsima hipócrita que hizo volar por todas las naciones. Despues de haber borrado en los Alpes las huellas de Annibal para cambiar la suerte de muchos pueblos con una serie continua de victorias; despues que las aguas del Nilo habian reflejado el brillo de sus armas; cuando habia colocado ya sobre su frente la corona ensangrentada de Luis XVI, y cuando otras cien coronas hundidas en el polvo parecieron proclamarlo como árbitro de la tierra, fascinado con la idea de que su poder era invencible llevó á la España sus legiones triunfantes. ¿Quién no habria creido que la primera victoria decidiria la suerte de la península á favor de Bonaparte? Pero no se insulta impunemente la cólera de un pueblo: los viejos que ya estaban inclinados al sepulcro; los jóvenes para quienes el resto de la vida era una fuente inagotable de variados placeres; el sacerdote consagrado por su carácter augusto á un ministerio de paz; las esposas, las vírgenes, cuyo secso tímido las hace temblar á la idea de los combates; todos se sienten agitados por un movimiento belicoso: el pueblo todo se levanta en masa para arrojar á sus opresores: un rio de sangre señalaba los medios; pero una nacion independiente anunció por fin el mas admirable y glorioso de todos los triunfos. ¡Leccion terrible para los tiranos!

¿Qué resta ya. . . .? México, tu hora ha sonado: una antigüedad ilustre te presentó sus héroes; las épocas sucesivas te hicieron conocer mas y mas el inestimable precio de la libertad; la soberanía de los pueblos es proclamada en la Francia; Norte América

se hace independiente, y tu misma metrópoli acaba de ofrecerte el mas heroico ejemplo que se mira en los fastos de las naciones. Que se multipliquen las guerras, que se estremezca el mundo bajo el peso de los tronos, que el grito de un tirano haga cundir el terror por toda la tierra: no temas á los tuyos; ellos van á temblar á tu grito de venganza.

Una voz que sale de los cielos resuena en Dolores: ¡Libertad! ¡Libertad! esta palabra mágica pronunciada por Hidalgo, encendió el pecho de Allende y de Morelos, de Aldama y Matamoros, de tantos y tantos valerosos caudillos que la llevaron hasta las estremidades de su patria. ¡O nombres venerables y queridos! ¿Quién puede tomaros en sus labios sin enternecimiento, sin sentir palpitar su corazon, y sin abandonarse al dolor inconsolable de haberos perdido? ¡O dia bendito por millones de veces! ¡Tu resplandor purísimo no se eclipsará nunca á nuestros ojos! Mas ¡ay! aquella voz celestial no hizo otra cosa que inflamar la rabia de nuestros opresores. ¿Por qué estraña contradiccion los mismos que acababan de sostener una lucha tan heroica para recobrar su independencia, se empeñaban obstinadamente despues en hacer interminable nuestra esclavitud? ¡O debilidad de la naturaleza humana! ¡Cuántas medidas no habian puesto en práctica para estorbar la venida de este dia venturoso! ¡Cuántas y cuan esquisitas precauciones despues para borrarlo de nuestra memoria! Pero en vano los españoles redoblan sus esfuerzos, en vano levantan cadalsos en todos los pueblos, en vano multiplican asombrosamente el número de las víctimas, en vano

un mar de sangre inunda nuestros campos: ¡qué son los conatos del crimen contra los designios de aquel que reina en los cielos! Iguala repite el eco de Dolores; habla Iturbide, y sueltan su presa los hijos de Pelayo.

¡Qué época, Michoacanos! ¿Cuáles son los sentimientos que ahora se escitan en vosotros? ¡Ah! Si entre los placeres de la vida hay uno solo que inunde nuestra alma con las delicias inefables de una felicidad perfecta, será sin duda el que sintieron los mexicanos en aquel dia, para siempre caro, en que ya rendidos á la fatiga de una lucha penosa, despues de asaltados á cada paso con mil funestos presentimientos y en el instante mismo en que temblaban por la reaccion de una tempestad que los habia perdonado, un sueño que parecia el de la muerte, embargó sus cansados miembros para prepararlos sin duda á recibir la mas fuerte, la mas pura y la mas dichosa de todas las sorpresas. Despertamos al fin para ver brillar sobre nuestro horizonte una luz inesperada y desconocida. Se creia ver al rey de los mares levantando su frente magestuosa, encadenando la furia de los vientos, disipando las nubes apiñadas y restituyendo al inmenso occeano la serenidad y la calma. ¿Cómo espresar aquí aquellas emociones dulcísimas, únicas acaso en la historia de nuestros placeres, aquellas emociones felices que parecian haber renovado totalmente el corazon de los mexicanos? ¡Qué cuadro presentaban entonces nuestras familias! ¿Os acordais, conciudadanos mios? Al distingir el retrato de Iturbide, el recien nacido estendia sus tiernos brazos para abrazar á su

libertador: el anciano decrépito se creía rejuvenecido por una ilusion feliz que acaso no volverá jamas; y cuando sus cabellos blancos venian á sacarle de este dulce enagenamiento, como si no quisiera conceder á la muerte una victoria completa, como si en la ventura de aquellos que iban á sucederle pensara multiplicar indefinidamente sus goces, se rodeaba de sus hijos para infundirles los sentimientos de la patria, las ideas sublimes de prosperidad y grandeza. Hijos, decia, ya no estaremos mucho tiempo con vosotros: el peso de la servidumbre, los golpes tenaces de la persecucion, la cruel melancolía de nuestras cadenas precipitaron nuestra vejez; pero reproducidos en vosotros y á la vista de esta época tan feliz, ¿qué son ya los pasados infortunios? Morimos, pero no quedais huérfanos: mirad á vuestro libertador, mirad á vuestro padre, mirad á ITURBIDE.

¡Qué cuadro ciudadanos! ¡Qué perspectiva tan risueña! Al llegar á este punto tocamos el término de tantos designios contrariados con obstinacion, y sostenidos con perseverancia, de tantos combates en que la suerte nos habia sido adversa casi siempre, y en que habian perecido con pocas escepciones todos los primeros caudillos, quedando el pais asolado y desierto. ¿Qué restaba señores? Conseguida ya la independencia, su primer fruto debió ser una organizacion cual parecia convenir á las ecsigencias moderadas de un pueblo que salia de la cuna, una organizacion en que se proscribiesen á la vez el lujo y la magnificencia de las instituciones europeas. ¿Cuándo estuvimos mejor dispuestos que entonces para entrar en la posesion tranquila de to-

das las ventajas de la sociedad? Mas ¡ay! ¿Vísteis á la juventud apasionada que saliendo de la infancia se apodera con ardor de la brillante fortuna que una economia severa le habia formado? Como si fuera inagotable el rico patrimonio, así lo prodiga en adquirirse placeres momentáneos, así consume sin reproducir, así se abandona á proyectos fantásticos de una dicha que nunca llega á saborear. ¡Momento de embriaguez! ¡Epoca encantada! ¡Edad de prestigios! Entonces las pasiones empiezan á ejercer su dominio impetuoso, los deseos reinan sin oposicion en el alma, toda la sacude con violencia, no vive sino de arrebatos y transportes. Sus vagos deseos no buscan un fin determinado, las dificultades la tientan, el peligro la atrae, cada ensayo de su vigor le parece un triunfo: todo lo abraza sin estrechar cosa alguna, goza de todo sin gustarlo; y embriagado con la plenitud de su ecsistencia, ni aun comprende que sea posible morir. Esta ha sido la imágen de casi todos los pueblos en la mas favorable coyuntura de su vida social, y esta ¡ó conciudadanos! es igualmente la nuestra.

SEGUNDA PARTE.

¿Por qué fatalidad es perdida para los pueblos la esperiencia de todas las sociedades que les han precedido en la carrera de la civilizacion y de la política? Para ellos, lo mismo que para los individuos, solo y apenas son eficaces, y esto muy pocas veces los grandes y terribles escarmientos que los yerros y la imprevision atraen sobre sus propias cabezas. ¿Son, pues, conciudadanos, los impulsos generosos

de la libertad contra los esfuerzos tiránicos de la opresion las causas únicas de tantas ruinosas turbulencias que han conmovido y aun agitan sin cesar al género humano?

¡Cuán diferente sería la suerte de las naciones, si en el instante mismo en que recobran su libertad, léjos de dividirse interiormente, marchasen con perfecta armonía hasta conseguir sus verdaderos frutos! Mas ¡ah! mientras los hombres gimen en una condicion abatida, todo lo ejecutan de consuno y no parece sino que ecsisten y obran un solo corazon y una misma alma; pero cuando las trabas han desaparecido, cuando se sienten libres del penoso yugo, cuando con tanta nobleza levantan su frente despejada hácia á los cielos, y cuando debian caminar mas uniformes que nunca, una fuerza desconocida los separa. Aquella misma libertad, aquel no tener estorbos para llegar á su bienestar político, aquella luz que se presentaba á todos como la única que podia dirigir sus pasos vacilantes por los caminos del bien; se convierte no pocas veces cuando ya está conseguida en una deidad encantada que parece no dejarse sentir sino para sembrar las rivalidades é erritar los celos en el corazon de los que le tributan su culto. Si antes se habia presentado á su espíritu como la única dispensadora de unos bienes legítimos que podian producir á la vez la felicidad de todos, despues la miran como la felicidad misma: antes la querian todos para la patria, despues la solicita cada uno esclusivamente para sí. Podrá esperarse entonces el engrandecimiento de los pueblos? Poseer la libertad ilimitada y esclusi-

vamente, es sin duda privar de ella á los otros y borrar la línea que divide el interes comun de los intereses privados, es lo mismo que estinguir el amor de la patria y precipitar sobre las naciones la furia encarnizada del egoismo político. Nacen los partidos; irritados estos, degeneran en facciones; corrómpese la moral privada y desaparece al instante la fuerza y la magestad de las leyes. Perdidos ya los dos únicos frenos que pueden contener al ciudadano en el deber, devorados todos por el deseo de una libertad esclusiva, y satisfechos de que no hay otro medio para disfrutarla así que destruir al resto de los hombres, las *costumbres públicas* adquieren una ferocidad sanguinaria; y de este modo el deseo de una conservacion pacífica y venturosa, este noble y generoso deseo que habia hecho nacer la libertad, se convierte despues en mortales ódios, en una fuente inagotable de miserias, en ciegos conatos de destruccion que al fin la hacen desaparecer.

¿Cual es pues, conciudadanos, cual es regularmente el periodo de la libertad? Un tiempo breve, un espacio corto. Se diría que un astro maligno preside á la suerte de los pueblos, y que si les deja gustar por un instante fugitivo el sueño de la gloria, es para hacer mas espantoso el sentimiento de su miseria. Si la edad de oro corrió en la Argolida bajo los pastores Inaco y Phoronco, si Cecrops dió leyes puras á la Atica, si Cadmo introdujo las letras en la Beocia; estos dias de ventura, dice Chateaubriand, huyeron con tanta rapidez que han pasado por una ilusion fabulosa en la memoria de la posteridad desgraciada.

Dirigid los ojos á todas partes. ¿Qué dicen á vuestra razon tantos imperios destruidos, tantas ruinas magestuosas, tantos restos venerables que se ven flotar aun en el Occeano de los signos? ¿Qué os dicen esas pirámides soberbias que rindieron las fuerzas de millones de esclavos? ¿Qué recuerdos ecsita en vosotros el nombre mágico del Nilo? ¿Qué fué de aquella ciudad célebre que dió á la Grecia el modelo de sus juegos olímpicos, y donde Thales y Solón tomaron las mácsimas de política que descubrimos en sus leyes admirables? ¡Ah! Si Sesostris en un tiempo habia hecho tirar su carroza por los reyes vencidos, Egipto hubo menester en otro para prolongar su ecsistencia precaria, de mendigar el socorro de las naciones estrangeras: si Egipto habia sido la escuela del universo, la madre de la filosofia y la cuna de las bellas artes; fué despues la presa de Cambises y al fin la conquista sucesiva de los griegos, de los romanos y de los turcos. Mis ojos recorren vanamente un campo inmenso y desolado para encontrar un resto siquiera de la opulenta Tiro, una columna sola de los cien pórticos magníficos de la soberbia Tebas. ¿Qué fué de aquella célebre rival de Roma, la fiera, libre y orgullosa Cartago? ¿Nunca los hombres escarmentarán con ejemplos tan espantosos? ¡Ay! estos parecen destinados mas bien á estrechar el círculo de los nobles sentimientos y ensanchar hasta lo infinito la esfera de las pasiones y del crímen. Pues si el hombre á despecho de la filosofia está condenado á vivir con solo sus deseos, será siempre esclavo de sí mismo, será el hombre de los años infelices que ya fueron, el hombre de la

hora triste y lamentable en que os dirijo la palabra, el hombre finalmente de los nuevos siglos de miseria que se apresuran á llegar. Si el corazon no puede perfeccionarse, si la moral queda corrompida á pesar de las luces, república universal, fraternidad de las naciones, paz general del universo, brillante fantasma de una felicidad durable sobre la *tierra*....A *Dios*.

No os diré pues, conciudadanos, que la Grecia vuelta á la libertad amontonó en su seno los elementos necesarios para formar un estado venturoso, que Praxiteles, Phidias, Zéuxis y Apeles unieron los esfuerzos de su bella y rica imaginacion con los de Sofocles y Euripides: no os diré que la influencia de esta república floreciente difundió la civilizacion por toda la tierra; que la elocuencia de Demóstenes contenia el germen de la de Ciceron, que la sublimidad de Homero, la noble sencillez de Hesiodo y las gracias vírgenes de Theócrito, prepararon el triple genio de Virgilio. Me contentaré con recordaros que estos dias de felicidad desaparecieron al aspecto del interes y de la ambicion, huyeron despavoridos al soplo envenenado de la perfidia, de la corrupcion y de la discordia. ¡Felices los griegos si adquiriendo tan grande ilustracion no hubiesen perdido la pureza de sus costumbres! ¡Mil veces felices, si no hubiesen cambiado las virtudes que los salvaron de Xerxes en los vicios deformes que los entregaron á Philipo!

Traed ahora vuestras miradas al sagrado Tiber, donde un campo vastísimo y poblado de ruinas recuerda al viagero la ciudad eterna: aquella *Roma*

que desde su cuna fijó las miradas del mundo, cuyos primeros combates fueron victorias, cuyos primeros triunfos fueron conquistas: aquella Roma que tuvo alternativamente por teatro de sus proezas los bordes del Tigris y del Eufrates, los campos dilatados del Asia, los helados climas del Norte y el suelo abrasador de la Libia, aquel pueblo que juntaba el entusiasmo de la independencia con la impetuosidad del valor, que veia la libertad como una cosa inseparable de su nombre, que se creia nacido para mandar á los otros pueblos, y á quien Virgilio llama con tanta nobleza un pueblo rey. ¿Cual fué el destino de esta república gloriosa? En las concepciones mas perfectas de la política se mezcla no pocas veces algun oculto vicio cuyas causas no acierta á descubrir el espíritu mas penetrante, y cuyos efectos deplorables se esfuerza en vano en evitar la prudencia mas ejercitada. De la oposicion del senado y el pueblo, tan favorable para mantener la libertad cuando cada uno usaba de ella dentro de los límites que le asigna la razon, de aquí mismo en el tiempo de los abusos nacieron las divisiones en todos los órdenes del estado. De las agitaciones civiles se pasó muy pronto á las atrocidades políticas: los unos alegando que una libertad estremada al fin se destruye por sí misma; los otros al contrario, temiendo que la autoridad, aumentando siempre por su naturaleza degenerase al fin en tiranía. Entre estos dos estremos, una nacion por otra parte tan sábia, no supo encontrar el medio, como dice Bossuet; y los romanos, arrastrados hácia el crímen por un delirio inesplicable, y despues de haberse largo

tiempo sacrificado los unos á los otros, cayeron al fin bajo el yugo afrentoso que habian impuesto á tantos pueblos. ¡Así acabó la señora del mundo!

¿Para qué seguiros descubriendo aquí en el triste destino de tantas sociedades que ya no ecsisten, el resultado siempre terrible y siempre seguro del trastorno de las ideas, del choque de los intereses, del conflicto espantoso de las pasiones políticas? Vosotros lo sabeis, conciudadanos, vosotros lo habeis visto mil veces: el sentimiento de la libertad ha determinado en todas épocas las grandiosas miras felizmente realizadas que han trasmitido hasta nosotros la memoria de los grandes hombres: vosotros sabeis que mientras el uso de este precioso derecho ha sido reglado por la prudencia, los pueblos han disfrutado buenas instituciones; pero vosotros sabeis igualmente que la mayor parte de ellos se han sepultado en su propio triunfo, que entre la independencia feliz y la anarquia desastrosa media no pocas veces una sola línea, que al lado de los sábios principios suelen encontrarse los elementos de la disolucion, que la fuente de la felicidad y la del infortunio se hallan colocadas tan cerca una de la otra, que frecuentemente se confunden al primer paso; finalmente, que apenas una razon ilustrada distingue el sendero de la prosperidad pública, un velo sombrío, una niebla espesa, la noche de las pasiones le cierra todos los caminos para hacerla girar al grado del movimiento loco que estas le imprimen por un intrincado laberinto, donde sigue de estravio en estravio hasta que la muerte viene á cortarle sus pasos. ¿Hay cosa mas difícil de congeturar que la suerte de los estados sea

cual fuere el carácter de sus instituciones? El despotismo tiránico de los gobiernos que atacan la libertad, que se levantan sobre los triunfos de una faccion y destruyen así el dogma político de la soberanía del pueblo, es un atentado contra los derechos de la fraternidad humana, y tiende á trastornar la grande y sábia ley de la naturaleza; el despotismo de la multitud es un poder loco y ciego que se vuelve contra sí mismo, porque un pueblo corrompido por una libertad abusiva es el mas insoportable de todos los tiranos. ¡Triste estado de la naturaleza humana, esclama Fenelón, los soberanos celosos de su autoridad propenden siempre á estenderla: los pueblos apasionados por su libertad quieren siempre ensancharla!

No es esto bastante, ciudadanos, ahora que estoy poniendo á vuestra vista en la serie de las revoluciones antiguas y modernas el cuadro terrible que unos pueblos han ido copiando de los otros, y que México se ha empeñado tenazmente en imitar, permitidme que no concluya esta galería fúnebre de naciones sin volver otra vez mis ojos á la Francia; y así como os la manifesté al principio derramando un torrente de luz que á pesar de los esfuerzos de la España, salvó al fin el Atlántico para ilustrar á nuestros héroes; os haga ver en el mismo teatro algunas siquiera de las innumerables tristes consecuencias que trae consigo infaliblemente el abuso de los principios. Oigamos á un amigo de la humanidad, á un político profundo que con la pluma empapada en lágrimas, descubre en su misma patria para horror y escarmiento de los hombres el abismo en que ellos se pre-

cipitan empujándose los unos á los otros, cuando perdiendo de vista el interes comun, corren ciegos tras una libertad esclusiva para no dividir con ninguno su posesion y sus ventajas.

Atacada por la Europa entera, despedazada interiormente con mil facciones, tomadas ya algunas de sus principales fronteras, sitiadas otras, sin soldados, sin renta, sin crédito público, el desaliento en todo los estados, la miseria en su mas alto punto: tal era la Francia, tal el cuadro que ofrecia en el instante mismo en que se meditaba entregarla á una revolucion general. Era preciso establecer como por milagro las instituciones de Licurgo en un pueblo nutrido hasta entonces con las ideas monárquicas, inmenso en su poblacion y corrompido en sus costumbres; y salvar al mismo tiempo un grande pais, sin ejército y espirando en las convulsiones políticas, de la invasion de quinientos mil hombres de las mejores tropas europeas. Ecsaltados los espíritus y reducidos por su inmoralizacion á la quinta esencia del crímen, desplegaron una energía sin ejemplo, para cometer atentados únicos tal vez en la historia de las revoluciones. Queriendo plantear la república en el instante mismo que la Francia estaba invadida, acometieron juntamente á las dos empresas, como si atender en particular á cada una hubiera sido teatro muy mezquino para su génio; y satisfechos como estaban de que no podian serles útiles por entonces los sistemas recibidos de justicia, los acsiomas comunes de humanidad y el círculo de los principios adoptado por Licurgo, „*no importa*, dijeron; *vamos al mismo resultado, aunque sea por la carrera del crimen.*"

Al punto se levantan mil guillotinas por todo el imperio: el ciudadano pacífico despierta sobresaltado al trueno del cañon: echa una mirada temerosa al rededor de sí, y no encuentra sino semblantes pálidos y cadáveres truncos de muchos miserables que acaso no rehusarian obedecer al momento las órdenes de sus asesinos, sino para decir el último á Dios á una familia consternada. Los propietarios reemplazan á los delincuentes en las cárceles tenebrosas: aquí se ligan miles de brazos, allí se abren los calabozos llenos de víctimas para descargar sobre ellas la metralla del cañon: la cuchilla de las guillotinas está cayendo de dia y de noche: los artífices de la muerte se desvelan por encontrar nuevas máquinas que en menos tiempo multipliquen los sacrificios; al paso que los verdugos con una pausada lentitud parecen saborear su crueldad. Vense descender incesantemente al sepulcro el viejo encorvado bajo el peso de los años, el virtuoso jóven que sostenía las esperanzas de una honrada familia, la madre tierna al lado de sus jóvenes hijas, el hermano junto al hermano, el amigo junto al amigo. La victoria se decide á favor del crímen: ciérranse los templos, sus ministros son sacrificados y el culto del verdadero Dios se proscribe bajo la pena de muerte. Se diria que habia sonado en la Francia la trompeta del ángel esterminador: ¡los monumentos de los hijos de los hombres se desmoronan y se abren los sepulcros!

En vano aquel infeliz pueblo busca sus antiguos usos: una nacion estrangera anda errante por las calles y las plazas: si pregunta por los dias de sus fes-

tividades nuevas denominaciones vienen á herir sus oidos: espera á lo menos que la vuelta invariable del año restablecerá al fin el estado natural de las cosas; ¡esperanzas perdidas! ¡nuevos meses, meses ignorados parecen advertirle que en esta tierra de prodigios la revolucion debia estenderse hasta el curso de los astros! Tal era este pueblo, vil juguete de las manos poderosas de una faccion, trasladado repentinamente á otro universo, aturdido con los gritos de las víctimas y las aclamaciones de la victoria que retemblaban en todas las fronteras; cuando Dios dejando caer una mirada sobre este pais de iniquidad, hizo volver los monstruos á la nada.

¿Cuál ha sido pues el resultado de esta célebre revolucion? Esta revolucion ocasionada por los abusos que desbonraban las administraciones diversas de la Francia, por los actos tiránicos de ciertos ministros y su lucha interminable con los parlamentos, protegida en cierto modo por la inaccion, debilidad y abatimiento de un gobierno semejante á un carro sin eje, y cuyos conductores no sienten ya las riendas en sus manos, precipitada por los golpes de una insensata energía, que dirigidos á sostener las instituciones reinantes, no hicieron mas que acelerar su ruina: ¿ésta revolucion, toda virtud, toda libertad al abrirse los estados generales no ha producido sino desgracias? ¿siempre la reaccion del bien ha de ser el mal? ¡O ciudadanos! Por mas que recorramos las páginas de la historia, siempre pasamos de la luz á las tinieblas, de las ilusiones de la fortuna á las miserias del género humano. Podria muy bien decirse que nuestra felicidad está calculada sobre la incons-

tancia de nuestros deseos, y que se nos mide con mano avara la dósis de la dicha, porque es insaciable nuestro corazon. La naturaleza nos trata como á niños enfermos, cuyos apetitos rehusa satisfacer, pero cuyas lágrimas enjuga con las ilusiones y las esperanzas: hace danzar al rededor de nosotros una multitud de fantasmas hácia los cuales tendemos incesantemente nuestros brazos sin llegar á tocarlos; y ha llevado tan léjos el arte de la perspectiva, que nos ha pintado los Eliseos en el fondo mismo del sepulcro.

¡Fuérame dado, conciudadanos mios, despues de haber recorrido una serie de turbulencias espantosas, despues de haber viajado con la imaginacion en épocas tan lejanas y por pueblos tan diferentes; cuando mi espíritu se siente agobiado por tantos desastres, afligido por tantas miserias, lleno de espanto por catástrofes tan terribles, cerrado á los sentimientos de paz y de quietud por tan crueles agitaciones: fuérame dado, repito, al volver la vista hácia nosotros esperimentar aquellas impresiones deliciosas porque tanto suspira el viajero, que despues de haber dado la vuelta al mundo, torna por fin á los campos queridos de la patria! Si de en medio de nosotros se levantaron algunos génios bastante felices para conseguir la independencia, bastante sábios para hacer servir al bien de sus hermanos las importantes lecciones que habian recibido de la historia; los unos sucumbieron bajo los golpes enemigos, y el michoacano que dió cima á empresa tan gloriosa, el que vino á coronar por fin las esperanzas de tres siglos, aquel hombre que con la llama

ardiente de la libertad habia sabido encender el corazon de nuestros padres en los mismos yelos de la vejez, no tuvo ni aun este miserable consuelo. ¿Qué fué de aquel espíritu profético con que en los raptos de un entusiasmo sublime y entre los goces anticipados de una perspectiva risueña, aunque colocada mas allá del sepulcro, los autores de nuestros dias querian consolarnos de su pérdida con solo presentar á nuestra vista el retrato de Iturbide? ¿Quién entonces hubiera creido, ancianos venerables, que vuestras lágrimas y unas lágrimas todavia mas dolorosas que las que habian humedecido vuestras cadenas, iban á suceder bien pronto á los inefables transportes de la alegria mas pura? ¡O ciudadanos! Un decreto sacrílego sugerido por un resto de nuestros opresores, obliga al inmortal Iturbide á dejar este pais adorado que lo habia visto nacer, este suelo delicioso que acababa de libertar: en vano mil valientes aguardan una palabra sola de sus labios para estinguir esta última llama que iba á devorarlo, en vano todo su ejército se abandona en su presencia, porque no quiere pronunciarla, á los movimientos desesperados de una rabia generosa; la idea de una revolucion encendida por su causa lo hace estremecer, y tan patriota como Camilo prefiere salir de su patria antes que mirarla envuelta en los estragos de la guerra civil. Id pues, hombre magnánimo, llevad á otra tierra mas digna ese valor admirable, esa virtud rara y sublime: atravesad el Occeano inmenso, saludad á esas playas desconocidas, que si un horizonte lejano oculta á vuestros ojos las nevadas cumbres del Anáhuac, vuestra gloria queda en nuestro zenit para arrebatar las miradas del mundo; y vuestro nombre caro, mejor trasmitido por la ternura del corazon que por la pluma de la historia, recibirá incesantemente las bendiciones sinceras de las edades futuras. Ve á recibir de otros pueblos mas ilustrados y mas virtuosos los homenages de admiracion y reconocimiento que la huma-

nidad consagra á tus eminentes servicios, y que te han rehusado tus compatriotas, y ya que no te es permitido gozar con ellos de una patria que les has dado, no verás siquiera el espectáculo de sus males. Roma es la patria de los reyes destronados, el pais clásico de los héroes, Italia te abre su hospitalario seno: ve á recoger allí en las tumbas de los Césares, de los Scipiones y de los Brutos las verdades antiguas, para volver cargado con tus propios desengaños á disipar las ilusiones de un pueblo inesperto que se cree sobrado feliz con solo haber alzado su frente entre los libres.

En efecto, conciudadanos, depuestas las ideas de monarca vuelve siempre ciudadano como habia nacido: vuelve espantado á vista de los preparativos que una liga formidable hacia para subyugarnos: vuelve á empuñar otra vez su espada vencedora para defender las instituciones que México se habia dado á la caida de su propio trono: ¡cuánta grandeza de alma! ¡Cuán puro y generoso patriotismo! Pisa nuestras playas, y entonces..... ¡O desesperacion.....! ¡Un crímen calculado..... ¡O verdad funesta! ¡tú habias de quedar para cubrir de luto nuestra historia! ¡tú habias de quedar para nuestra ecsecracion eterna! La ingratitud, la perfidia, la crueldad: ¡mexicanos! ¡he aquí los títulos que presentaremos siempre á todos los hombres y en todos los tiempos! ¡O muerte desastrosa! ¡O muerte horrible! ¡*O dulces esperanzas tristemente arrebatadas!*

Permitidme ahora que os pregunte ¿hemos sido, somos felices? No lo espereis, conciudadanos, mientras esa justicia inmutable que ha prometido aplacar los manes de la inocencia, no haya satisfecho su venganza con el sacrificio de todos sus verdugos. La *cuestion de la felicidad* ha sido nula para nosotros. Tan torpes para el bien como sagaces para el mal, hemos perdido en moralidad cuanto hemos avanzado en ilustracion; y de esta suerte, diez y siete años han sido bastantes para recorrer toda especie de re-

voluciones, probar todos los sistemas de gobierno, y distinguirnos delante del mundo por crímenes solemnes. ¿Y debia yo publicar desde este punto, á presencia de los primeros magistrados de Michoacán y *delante de tan ilustres ciudadanos, verdades tan* terribles y humillantes? ¿Mas de qué serviria desfigurarlas? ¿De qué aprovecharia que *una baja lisonja* viniese á adormecerlos en medio del peligro? ¡Qué infamia para mí hacer traicion á la verdad y á mis propios sentimientos! ¡qué ultrage á vosotros pretender engañaros! Y ¡qué! ¿si lo intentase me sería dado conseguirlo? Los acontecimientos claman por sí mismos.

Esta muerte del generoso Iturbide habia de ser la primera de nuestras obras para recompensarle, y habia de ocupar la primera página en la historia deplorable de nuestra conducta política: el suceso de la Acordada no morirá nunca, porque la infamia de las naciones nunca muere: la espulsion de los *españoles publicó en la Europa nuestra ignorancia* y nuestra injusticia: el fin del ilustre y desgraciado *Guerrero parece presentarse aquí como un rasgo ca*racterístico para sostener la accion del drama: la guerra de Tejas anuncia nuestra debilidad para aumentar el interes de los espectadores: la revolucion interior y la invasion de los franceses, hé aquí dos circunstancias muy naturales para formar el último acto de esta ignominiosa tragedia. Hemos llegado, pues al nudo: ¿cual habrá de ser el desenlace? ¡Qué pregunta, conciudadanos! Al tiempo de proponerla se erizan los cabellos, mi alma siente una violencia desconocida y retrocede horrorizada. La *vista de lo pasado estrecha mi corazon; la conside*racion de lo presente me sumerge en una duda espantosa, *por no decir en una funesta certidumbre;* el cercano y tenebroso porvenir me hace estremecer. ¿Cual habrá de ser pues nuestro destino? ¿Vamos á salvar el último tropiezo, ó á sepultarnos para siempre en la nada?. . . .Si para resolver este fatal pro-

blema no contamos con otros datos que la esperiencia de lo pasado,. . . .¡Gran Dios!. . . .El drama está en su desenlace y México en el borde de su tumba.

¡Pueblos! Hé aquí vuestro destino, hé aquí los resultados de una libertad mal entendida, hé aquí las deplorables consecuencias que trae consigo el criminal abuso de los mas preciosos dones. Mirad el apoyo único de los estados convertido en su ruina: mirad la prostitucion universal, la desorganizacion absoluta, la ignominiosa debilidad, la miseria destructora: mirad los ímpetus feroces arrebatando los espíritus, la virtud subiéndose á los cielos, la iniquidad inundando la tierra, las furias despedazando el corazon y estinguiendo el último resto de la sensibilidad, el génio del mal llevando por todas partes la desolacion, el esterminio y la muerte, el abismo abierto delante de vosotros. . . .

Venid, pueblos, venid ahora: no soy yo quien os convoca al rededor de esta tribuna; son los hombres mas eminentes en política, son esos génios sublimes á quien los antiguos y modernos siglos aclaman antorchas de la razon y de la filosofia, son los maestros del mundo que sin tenernos presentes, escribieron para nuestra instruccion y desengaño. Venid vosotros, mexicanos ilustres, vosotros todos los que trabajais infatigablemente porque la patria se salve, vosotros todos los que en la crisis mas peligrosa le mostrais una helada indiferencia y dormis un letargo profundo, vosotros mas bien, ciudadanos virtuosos, víctimas de equivocaciones políticas: venid á recibir la última leccion de esta esperiencia fruto triste y tardío de los errores, de las faltas y de las desgracias. Una sola verdad, mexicanos; pero una verdad fecundísima, una verdad que nunca meditaréis bastantemente, una verdad que debiera cundir por todo el universo, una verdad, para decirlo de una vez, que resuelve el gran problema de la buena política: *la libertad considerada como medio eleva las naciones al mas alto grado de ventura: la libertad bus-*

cada como fin, las estermina para siempre. La libertad considerada como medio, hace nacer el reinado venturoso de la virtud y la filosofía, favorece los procedimientos de las artes, los adelantos de la agricultura y los cálculos ventajosos del comercio; derrama por todas partes la civilizacion y engendra el espíritu público, es decir, el buen sentido en la masa del pueblo: bajo sus grandes auspicios las obras de la imaginacion embellecen la ecsistencia, las del sentimiento suavizan las costumbres sin degradarlas, se desenvuelven prodigiosamente los talentos sublimes, al paso que nos trasportan y arrebatan los vuelos atrevidos del ingenio. La libertad buscada como fin, invierte el órden natural de las cosas y de las ideas, desencadena contra nosotros la furia de nuestras pasiones, estiende sobre los pueblos un velo tenebroso y acaba por aniquilarse á sí misma: la libertad considerada como medio, es la que inmortalizó á Numa-Pompilio y á Marco Aurelio entre los monarcas, á Licurgo y Washington entre los padres de las repúblicas, á Scipion y Epaminondas entre los generales ilustres, á Demóstenes y Arístides, Caton y Marco Tulio entre los hombres de estado; la que ha consagrado en el culto de la posteridad los héroes que se admiran en todos los pueblos y en todos los siglos, á Bruto y Cincinato, á Annival y á Sertorio, á Hidalgo y á Bolivar, á Allende y Matamoros, á Morelos é Iturbide. La libertad buscada como fin, es la que alargó al virtuoso y sábio Sócrates la copa envenenada, la que desencadenó contra Roma el furor de Catilina la que inspiró al malvado Sila el negro designio de proscribir y vejar á los honrados y pacíficos ciudadanos, y la que ha hecho nacer para horror de los siglos los Calígulas, Nerones y Robespierres, tantos y tantos monstruos detestables que han afligido á la humanidad. Sabed, conciudadanos, que la anarquía no aspira sino á tener la libertad de apoderarse de unos bienes á que la ley no le dá derecho, y de una autoridad que ninguno debe

ejercer sin mision, sin garantía y sin luces: sabed, que la aristocracia no tiende á la oligarquía sino por tener la libertad de repartir entre un corto número de favoritos, los honores, los empleos y la fortuna pública: sabed, que el monarca no vuela al despotismo sino para tener la libertad de satisfacer sin contradiccion todos sus caprichos, y decir: *Yo soy el estado:* sabed finalmente, que los ignorantes no proscriben las luces y la filosofía, sino por tener la libertad de llegar á los empleos sin estudio, y á los honores sin mérito. ¿Qué es, pues, la libertad sin una sábia política, qué es la política sin la moral, qué es la moral sin la religion? La sola libertad no engrandece á las naciones, la sola moral no forma los héroes, la sola política no forma los sábios. Sin la moral, cuyo apoyo mas firme es la religion, la corrupcion de las costumbres arrastra al despotismo, y sin el freno rigurose de las leyes, la debilidad del gobierno engendra la anarquía, dos azotes igualmente formidables para los pueblos. *La libertad consignada como un medio por buenas instituciones, las instituciones sociales en perfecta consonancia con los principios religiosos*: he aquí lo único que en todos los siglos puede formar la combinacion importantísima de los intereses privados con los deberes públicos, hé aquí de donde pende el engrandecimiento de las sociedades y la conservacion de los imperios.